

del Todopoderoso. Y ¿quién se atreverá á negar que nuestro mismo planeta, en la larga sucesión de millares de siglos, una vez esté ya en su destino eterno la familia de Adán, no pueda ser repoblado por una nueva pareja, puesto que tan infinita como al principio será entonces la potencia creadora del Sér Supremo?

Aclarado, pues, ya el sentido de nuestra tesis, pasaremos á probarla en los artículos siguientes, valiéndonos de algunos argumentos basados en la Sagrada Escritura, en la ciencia y en la razón, procurando además deshacer las principales objeciones que contra nuestra doctrina se proponen.

CAPÍTULO XI

LA SAGRADA ESCRITURA

La Sagrada Escritura no nos dice clara, terminante y categóricamente, como muchos quisieran, que los astros estén habitados. Lo cual no es de extrañar, ya porque, escrita para el hombre, sólo se ocupa del hombre y de lo que directamente le concierne, mostrándole sus deberes en la tierra y su destino en el cielo; ya también porque, como dice San Ignacio de Loyola ⁽¹⁾ al hablar de que Jesús resucitado se apareció antes que á nadie á su Santísima Madre, “aun cuando la Sagrada Escritura no lo exprese, sin embargo supone que lo tendremos por cierto, *pues que tenemos enten-*

(1) San Ignacio, en su libro *Los Ejercicios espirituales*, en la meditación: *De Christi resurrectione et apparitione prima.*

dimiento, si no queremos que también á nosotros se nos diga: ¿adhuc et vos sine intellectu estis?„

¡Cuántas verdades no están explícitamente contenidas en los libros sagrados, y sin embargo las damos por ciertas por deducirse lógicamente de premisas en ellos establecidas! Pues una de éstas es la habitación de los astros.

Son innumerables los textos del Antiguo y Nuevo Testamento que podríamos aducir, en los que se ve suficientemente indicada la verdad de nuestra tesis; pero, á fin de no ser prolijos, nos contentaremos con los principales y que menos dificultades ofrecen.

Isaías dice: "*Él es el que está sentado sobre la redondez de la Tierra, y los moradores de ella son como langostas; el que extendió los cielos como nada, y los desplegó COMO TIENDAS PARA MORAR (1)„*. Y en otra parte: "*Yo hice la Tierra, y yo crié al hombre*

(1) *Qui sedet super gyrum terræ, et habitatores ejus sunt quasi locustæ; qui extendit velut nihilum cælos, et expandit eos sicut tabernaculum ad inhabitandum (Isai. XL, 22).*

sobre ella; mis manos extendieron los cielos, y di mandamientos á toda la MILICIA de ellos (1)„. Y en otra: "*Porque esto dice el Señor, criador de los cielos, el mismo Dios que formó la Tierra, y la hizo; él es su hacedor; NO EN VANO LA CRIÓ: LA HIZO PARA QUE FUESE HABITADA. Yo el Señor, y no hay otro (2)„*.

De estas palabras de Isaías deducimos á primera vista las tres verdades siguientes: 1.^a, que uno de los fines de extender Dios los cielos y desplegarlos, fué el formar tiendas para morar en ellas, ó sea, habitaciones en donde se albergase la vida; 2.^a, que á los que habitan estas tiendas les dió mandatos (lo cual supone inteligencia); 3.^a, que si no hubiese creado la Tierra para ser habitada, la hubiera creado en vano; de donde parece inferirse que también hubiese

(1) *Ego feci terram, et hominem super eam creavi ego: manus meæ telenderunt cælos, et omni militiæ eorum mandavi (Ib. XLV, 12).*

(2) *Quia hoc dicit Dominus creans cælos, ipse Deus formans terram, et faciens eam, ipse plastes ejus: non in vanum creavit eam: ut habitaretur, formavit eam. Ego Dominus, et non est alius (Ib. XLV, 18).*

creado en vano los demás mundos si no los hubiese hecho para ser habitados. Que la interpretación de estos textos es exacta, se confirma atendiendo al valor y sentido de la palabra *cielos*, tal como está empleada en la Biblia; pues en ella esta palabra se presenta como independiente de la Luna y de las estrellas, indicando una creación material, una obra de las manos de Dios, y no un espacio vacío, que se supusiera habitado por seres puramente espirituales. Además hemos dicho que en nuestro caso, los mandatos dados por Dios á los que habitan las tiendas de los cielos suponen en los habitantes inteligencia; y en efecto, eso corrobora Nehemías cuando declara que Dios hizo el cielo, y el cielo de los cielos y todo su ejército; la Tierra y todas las cosas que contiene... y que el ejército de los cielos le adora ⁽¹⁾.

Otros testimonios de la Sagrada Es-

⁽¹⁾ *Tu ipse, Domine, solus tu fecisti cælum, et cælum cælorum, et omnem exercitum eorum: terram et universa quæ in ea sunt: maria, et omnia quæ in eis sunt: et... exercitus cæli te adorat* (Nehem. IX, 6).

critura suponen á los astros dotados de razón, lo cual indudablemente quiere decir poblados de seres racionales, tomando el continente por el contenido, como cuando se toma la Tierra por sus habitantes, cosa muy frecuente en los libros santos. A tal clase pertenecen aquellos textos en que se dice que alaban á Dios los astros de la mañana ⁽¹⁾; que las estrellas no están sin mancha delante del Señor ⁽²⁾, y que cayó la tercera parte de las estrellas ⁽³⁾, lo cual acaso puede significar mundos prevaricadores como el nuestro. También es significativo aquel pasaje del Eclesiástico: *Belleza del cielo la gloria de las estrellas; el Señor ilumina al mundo en las alturas. A las palabras del Santo se presentarán á juicio y no desfallecerán en sus vigili-
lias* ⁽⁴⁾; en donde se habla á la manera

⁽¹⁾ *Cum me laudarent simul astra matutina et jubilerent omnes filii* (Job. XXXVIII, 7).

⁽²⁾ *Stelle non sunt mundæ in conspectu ejus* (Job. XXV, 5).

⁽³⁾ *Et cauda ejus trahebat tertiam partem stellarum cæli* (Apocalip. XII, 4).

⁽⁴⁾ *Species cæli gloria stellarum, mundum illuminans*

que cuando se dice que será juzgada la Tierra. Y un poco más abajo, en el mismo Eclesiástico, después de enumerarse las obras más admirables del poder divino, se leen estas palabras: *Muchas cosas mayores que éstas están escondidas, porque es poco lo que hemos visto de sus obras* ⁽¹⁾. Y como todas estas sentencias del Eclesiástico se encuentran en un mismo capítulo, en el cual sólo se trata de maravillas de la creación visible, no cabe duda de que *esas cosas mayores que están escondidas* han de pertenecer también al mismo género de creación. Además, habiendo nosotros visto al hombre, que excede en nobleza y dignidad á todo lo puramente material, por hermoso que sea, ¿cómo diría que *es poco lo que hemos visto de sus obras*, si en los astros á los cuales parecen referirse estas palabras, según el contexto, no hubiese más que criaturas materiales?

in excelsis Dominus. In verbis Sancti stabunt ad iudicium et nondeficient in vigiliis suis (Ecl. XLIII, 10-11).

⁽¹⁾ *Multa abscondita sunt majora his: pauca enim vidimus operum eius* (Ecl. XLIII, 36).

En el Nuevo Testamento hay también pasajes que, no solamente están en perfecta armonía con la doctrina de los astros habitados, sino que además, á no admitirla, difícilmente puede dárseles un sentido obvio. Cuando el apóstol San Juan anuncia que los *Mundos* fueron creados por la palabra de Dios, cuando San Pablo enseña que los *Mundos* son una creación del Salvador, el heredero de todas las cosas, no es de suponer que se trate de globos de materia inerte, sin población presente ó futura. La Escritura enseña que el Salvador ha creado todas las cosas, y que Dios se ha propuesto recibir todo en Jesucristo, *tanto lo que está en el cielo como lo que está sobre la Tierra* ⁽¹⁾.

Las creaciones indicadas por estas palabras, *todas las cosas*, son las creaciones del cielo y las que están encima de los cielos, de las cuales habla San Pablo cuando dice: *Aquel que ha descendido es el mismo que ha subido por encima de todos los*

⁽¹⁾ *Quoniam in ipso condita sunt universa in caelis et in terra* (Epist. ad Coloss. I, 16).

cielos, á fin de llenar todas las cosas ⁽¹⁾. En otra parte habla el apóstol del misterio oculto en Dios que ha creado todas las cosas por Jesucristo; misterio que él ha recibido la gracia de anunciar, á fin de que los principados y las potestades que están en los cielos conozcan por la Iglesia la sabiduría de Dios diversificada en sus efectos. El mismo Jesucristo dice que *tiene otras ovejas que no son de este aprisco* ⁽²⁾; que *en la casa de su Padre hay muchas mansiones* ⁽³⁾, y que *no habrá más que un solo rebaño y un solo Pastor* ⁽⁴⁾, en cuyos textos no cabe duda que alude á criaturas racionales que todavía están, como dicen los teólogos, *in statu viæ*, capaces por consiguiente de mérito y de demérito, y no *in statu termini*, como claramente lo indican estas otras palabras

⁽¹⁾ *Qui descendit, ipse est et qui ascendit super omnes caelos, ut implet omnia* (Epist. ad Ephes. IV, 10).

⁽²⁾ *Et alias oves habeo que non sunt ex hoc ovili* (Joan. X, 16).

⁽³⁾ *In domo Patris mei mansiones multe sunt* (Ibid. XIV, 2).

⁽⁴⁾ *Et fiet unum ovile et unus pastor* (Ibid. X, 16).

del mismo versículo bíblico: "*Es preciso que (á estas ovejas) también las guíe,*" ⁽¹⁾.

¡Cuán grande se nos pinta á Dios en estas expresiones de San Juan! Se nos representa como un Pastor bueno ⁽²⁾ universal, que tiene un sinnúmero de apriscos, que tiene sus rebaños en infinitad de mundos, que apacienta á todas sus ovejas con su cayado eterno, *que las conoce á todas y que todas le conocen* ⁽³⁾.

Pero quien nos suministra un concluyente argumento es el Profeta Rey, en los versículos cuarto y quinto de su salmo octavo. El inspirado salmista manifiesta su sorpresa porque el que formó los cielos, y estableció la Luna y las estrellas en el orden armonioso de los mundos, atendiera á un sér tan insignificante como el hombre. El Sr. D. Félix Amat

⁽¹⁾ *Et illas (oves) oportet me adducere* (Ibid. X, 16).

⁽²⁾ *Ego sum pastor bonus* (Ibid. X, 14).

⁽³⁾ *Et cognosco meas (oves), et cognoscunt me meæ* (Ibid. X, 14).

traduce así las palabras de David á que nos referimos: "*Yo contemplo tus cielos, obra de tus dedos; la Luna y las estrellas que tú criaste, y exclamo: ¿Qué es el hombre para que tú te acuerdes de él? O ¿qué es el hijo del hombre para que vengas á visitarle?*" (1). El Illmo. Sr. D. Felipe Scio, en la nota quinta á este mismo salmo, correspondiente á los dos versículos que acabamos de citar, dice: "Parece que el discurso está cortado por exceso de admiración; como si dijera: Al contemplar yo la grandeza de tus obras, no puedo dejar de exclamar asombrado: *¿Qué es el hombre, etc.?*"

Vemos, pues, que estos dos famosos comentadores de la Sagrada Escritura andan acordes con todos los demás en atribuir la admiración del Profeta en este punto á la relación entre el hombre y los astros, y no á otra cosa. Esto supuesto, dejemos raciocinar á nuestro pro-

(1) *Quoniam videbo cælos tuos, opera digitorum tuorum: lunam et stellas quæ tu fundasti. Quid est homo quod memor es ejus, aut filius hominis, quoniam visitas eum?* (Salm. VIII, 4-5).

pósito á un gran sabio teólogo contemporáneo:

"El poeta hebreo, dice éste, no hubiera podido manifestar semejante sorpresa si sólo hubiese visto en las estrellas puntos brillantes sin importancia, por el estilo de esos fuegos fatuos que revolotean sobre los campos cenagosos. No puede dudarse que la inspiración le revelara la magnitud, las distancias y el destino de las esferas brillantes que fijaron su atención. Cuando le fueron conocidas estas verdades, la creación se dividió para él en dos partes, separadas por el más evidente contraste: por una parte el hombre, en su insignificancia relativa; por otra los cielos, la Luna y las estrellas, en su grandeza absoluta. Aquel á quien Dios hizo algo menos grande que los ángeles, aquel á quien coronó gloriosa y magníficamente y para cuya redención envió á su único Hijo á sufrir y morir, no puede haber sido considerado por el salmista como un sujeto insignificante. Ahora bien, ante su alta estima por el hombre, es preciso que su idea

sobre el valor de los astros haya sido superior á cualquiera otra. ¿Cómo hubiera podido ser tan grande esta idea sobre los astros si no hubiese conocido las verdades astronómicas? El hombre, creado á imagen de Dios, hubiera sido una criatura más noble que las chispas centelleando en el espacio ó el luminar de la noche. Por lo tanto, si se pregunta bajo qué impresión ha escrito el salmista, si miraba á los mundos como globos sin vida ó si los consideraba como la residencia de seres racionales é inmortales, la respuesta no será difícil: hay que optar por la última hipótesis. Y, en efecto, si David hubiese considerado á los mundos como inhabitados, no se puede en modo alguno explicar la sorpresa que manifiesta por la atención de Dios hacia el hombre, porque esta sorpresa no puede ser motivada por el hecho de que innumerables masas de materia existan en el Universo y ejecuten allá lejos solitarias revoluciones; al contrario, su admiración ha tenido por objeto, no la debilidad, sino la grandeza de aquel

que, con absoluta exclusión, hubiera podido contemplar los cielos y para cuyo uso hubiesen sido creados tantos magníficos cuerpos. Mas si, por el contrario, el poeta ha considerado á los mundos siderales como otras tantas residencias de vida, como otros tantos globos cuya preparación ha exigido millones de años y que están hoy enriquecidos de nuevas formas de existencia, de nuevas manifestaciones del pensamiento, podemos entonces comprender por qué se admira del cuidado de Dios hacia una criatura relativamente tan insignificante como el hombre.,,

Por último, creo oportuno dar á conocer aquí la opinión de uno de los más célebres ingenios de nuestros días; del elocuente orador que, hace algunos años, era el intérprete de la ciencia religiosa; del que desde lo alto del púlpito de Nuestra Señora de París, y basado siempre en las Escrituras Sagradas, se impuso la difícil misión de hacer comparecer gloriosamente los dogmas anti-

guos ante el tribunal de la ciencia contemporánea y hacerlos luminosos ante el sol del siglo XIX. El R. P. Félix, en una conferencia sobre el Génesis y las ciencias modernas, al ocuparse de la habitación de los astros, dice:

“¿Se quiere absolutamente que los planetas, los soles y las estrellas tengan sus habitantes, capaces como nosotros de conocer, de amar y de glorificar al Creador? Yo me apresuro á proclamarlo, el dogma no lo repugna; no niega ni afirma nada sobre esta libre hipótesis. La economía general del Cristianismo concierne á la Tierra, nada más que á la Tierra; abraza á la humanidad, nada más que á la humanidad, á la humanidad descendiente de Adán y redimida por Cristo. Fuera de esta gran economía del Cristianismo tocante á la humanidad adámica, ¿deben admitirse en los globos celestes naturalezas inteligentes que tengan alguna analogía con la nuestra? José de Maistre, cuya austera ortodoxia á nadie se oculta, se inclinaba á creerlo; grandes pensadores

en el catolicismo se inclinan á ello igualmente, é importa demasiado poco el decirlo que yo mismo pienso para que os manifieste sobre este punto mis preferencias personales. Mas en lo que concierne al dogma católico, del cual esta palabra quiere ser siempre fiel intérprete, *no solamente no siente ningún embarazo ante esta hipótesis*, no me arredra el decirlo, sino que *encuentra un recurso* para contestaros á vosotros mismos y un arma más para defenderse contra vuestros propios ataques.

“Hay una cosa que es para muchas inteligencias una piedra de escándalo que los detiene en el camino y un arma de la que se hace uso para atacarnos mejor: es el número relativamente pequeño de los justos y de los elegidos que alcanzan su fin. ¿Cómo Dios, que es todo bondad, ha podido crear á la humanidad teniendo ante su infalible vista la caída de la mayoría, si no de la universalidad? Señores, yo no discuto por el momento el valor intrínseco de esta dificultad, pero me pregunto: ante

la hipótesis posible de la pluralidad y de la habitación de los mundos, ante las perspectivas inconmensurables que abre ante nosotros, ¿á qué se reduce ese escándalo tan retumbante del pequeño número de los elegidos y del gran número de los condenados? Si, como se pretende, todos los mundos tienen su población de seres inteligentes proporcionada á su volumen y á su importancia material; y si, como no está prohibido suponerlo, todos esos seres, habiendo permanecido fieles á la ley de su vida, deben alcanzar el objeto de su existencia, ¿á qué se reduce entonces la defección de la humanidad culpable en el plan general de la Providencia, si no es como una discordancia apenas perceptible en el concierto universal?„

De suerte que, según afirma el P. Félix, en la doctrina de los astros habitados tenemos, no ya una dificultad contra la fe ó contra la Teología, sino un recurso más, una nueva arma, un nuevo argumento para interpretar muchos pasajes de los libros sagrados, que, como

éste del pequeño número de los escogidos, quedan rodeados de una luz y de una claridad inextinguibles.

Desengañaos, pues, falsos detractores de la Iglesia. La Biblia, para el pueblo á quien enseña sus creencias y sus deberes, está escrita en lenguaje vulgar; para los sabios que la profundizan, es una mina inagotable de verdadera ciencia.